

padre, esperaba en un calabozo su sentencia. Su juventud, su belleza y las lágrimas de su esposa, que le visitaba libremente, habían enternecido á la hija de un carcelero. Aquella joven cómplice había proporcionado á Custine vestidos de mujer con los cuales podía evadirse á la caída de la tarde. Madama Custine le había entregado treinta mil francos en oro para los preparativos de la fuga; tenía preparado un coche y un asilo seguro donde ocultarse despues de su evasión. El día y la hora señalada habían llegado. Custine supo que un decreto de la Convencion condenaba á muerte á los que favoreciesen la fuga de un preso; se quitó el traje que debía salvarle, y resistió á los ruegos de su esposa y á las súplicas de la joven, que le había jurado seguirle ó entregarse á la muerte por él si era necesario. Nada pudo vencerle; se quedó y fué juzgado. La última noche de su vida la pasó en el calabozo comun de los presos, tiernamente ocupado en enjugar las lágrimas de su esposa y en exhortarla á que no atentase contra su vida, para que pudiera educar el fruto de sus amores. Los primeros albos del día hicieron que se desmayase la pobre señora, aprovechándose de su estado para sacarla de allí. Custine marchó al suplicio, donde espiró víctima de su amor filial, de su generosidad y de su nombre.

Informado Claviere en su calabozo del suicidio de su amigo Roland, habló filosóficamente por la noche con sus compañeros de cautiverio, á la luz de una lámpara, de las conjeturas ó certidumbre de la inmortalidad. En seguida enumeró todos los medios más seguros y prestos de escapar voluntariamente de la muerte de los sentenciados, á fin de conservar una herencia á sus hijos. Con la punta de un cuchillo buscó en el pecho el sitio en donde palpitaba su corazón para no engañarse, y se volvió tranquilo á su cuarto. Al día siguiente, los carceleros le encontraron dormido nadando en su sangre, con la mano en el puñal que le atravesaba el corazón. Su mujer, que era genovesa como él, al saber la muerte de su marido se envenenó, despues de haber puesto en salvo lo que le restaba de sus bienes, y de haber buscado una familia de confianza que cuidase de sus hijos.

El obispo de Lyon, Lamourette, acusado por los realistas por haber esperado el bien de los hombres, proscrito por los revolucionarios por haber querido conservar á la revolucion su conciencia, convertía en la cárcel á los impíos, é infundía esperanza á los desgraciados. «No, amigos míos,—exclamaba la víspera de su suplicio golpeándose la frente,—no se puede matar al pensamiento, ¡y el pensamiento es todo el hombre! ¿Qué es la guillotina?—decía burlándose del cadalso.—¡Un capirotazo en el cuello!» El último suspiro de aquel hombre de bien fué un suspiro de paz.

## VIII

No quedaban más que dos girondinos ilustres, que habían escapado por espacio de seis meses á las proscripciones de la Montaña: éstos eran Louvet y Condorcet.

Condorcet esperaba el 1.º de Junio por la mañana á los gendarmes que debían guardarle en su casa. Los montañeses titubearon un momento ante aquel gran nombre, temerosos de deshonrar la revolucion proscribiendo al filósofo. Los jacobinos echaron en cara á los montañeses su debilidad. Cuanto más grande es el hombre, tanto más temible es el conspirador; el respeto es una preocupacion, y las cabezas más altas deben caer las primeras. Condorcet, movido por las lágrimas de

su mujer, y arrastrado por Mr. Pinel, buscó asilo seguro en la calle de Servandoni, en uno de esos cuartos oscuros de Paris ocultos con la sombra de las altas paredes y de las torres de San Sulpicio. Allí, una pobre viuda adicta á los desgraciados, madama Vernet, poseía una pequeña casa cuyas habitaciones alquilaba á algunos vecinos pacíficos y desconocidos como ella. Mr. Pinel condujo á Condorcet á oscurecerse á aquel asilo. Quiso decir á madama Vernet el nombre del amigo que confiaba á su hospitalidad. «No,—respondió aquella mujer generosa á Mr. Pinel,—no quiero saber su nombre; sé que es desgraciado, y basta. Yo le salvaré por amor á Dios, por vuestra amistad, y no por su nombre. Su asilo será así más seguro, y mi adhesión más desinteresada.»

Condorcet se encerró con algunos libros y con sus pensamientos en un cuarto del último piso; tomó un nombre supuesto; no salía ni abría la ventana de su habitación sino por la noche, y no bajaba de ella sino para comer como un convidado en la mesa de su huésped. Un día creyó conocer en la escalera á un convencional del partido de la Montaña llamado Marcos. «Soy perdido,—le dijo á madama Vernet,—hay un montañés alojado en vuestra casa. Dejadme que me vaya, porque soy Condorcet.» «Estaos quieto,—le respondió la intrépida mujer.—Conozco á Marcos y respondo de él. Voy á comprometerle por mi propia salvacion, y voy á decirle: Condorcet está aquí, sé que se halla proscrito, y le he dado asilo. Si es descubierto, yo pereceré con él. Un solo hombre sabe este secreto; si se descubre, si Condorcet es guillotinado, su sangre y la mía caerán sobre vuestra cabeza.» El convencional fué discreto, y el proscriptor y el proscrito se encontraban todos los días en la escalera, y pasaban uno al lado del otro fingiendo no conocerse.

Condorcet permaneció en aquel asilo ignorado todo el invierno de 1793 y los primeros meses de la primavera de 1794. Allí escribió, en medio del estruendo de las demencias y de los furros de la libertad, su libro *De la perfectibilidad del género humano*. La esperanza del filósofo sobrevivía en él á la desesperacion del ciudadano. Sabía que las pasiones son pasajeras, y eterna la razon, y la confesaba como el astrónomo confiesa al astro hasta en su eclipse. En su soledad se consolaba con el trabajo y con las asiduas visitas de su joven esposa, cuya brillante hermosura y cuya alma elocuente habían causado la embriaguez de su juventud y hecho el atractivo de su casa. Perteneía esta señora á la familia de Grouchy. Trocado su lujo despues de la pérdida de su familia y de la proscripcion de su marido en indigencia, aquella joven ganaba su vida haciendo los retratos de los personajes célebres del Terror. Aquellos advenedizos de la libertad se gozaban en hacer reproducir su imagen por la mano de una aristócrata. Por la noche, madama de Condorcet se deslizaba inapercibida por las sombrías callejuelas que conducían á la casa de su marido, proporcionándole misteriosamente algunas horas de consuelo y de felicidad; horas tanto más dulces, cuanto que eran robadas á la muerte.

Condorcet habría sido dichoso y se hubiera salvado si hubiese sabido esperar. Pero la impaciencia de su ardiente imaginacion le consumía, y fué la que le perdió. Asaltado, á la vuelta de la primavera y de la reverberacion del sol de Abril en las paredes de su cuarto, por la idea de respirar con libertad y salir de aquel encierro, y por un deseo vehemente de volver á ver la naturaleza y el cielo, madama Vernet se vió precisada á guardarle como á un verdadero preso, temerosa de que se evadiese á su bienhechora vigilancia. No cesaba de hablar de la dicha de

recorrer los campos, de sentarse á la sombra de un árbol, de escuchar el canto de los pájaros, el ruido de las hojas y el murmullo de las aguas. El primer verdor de los árboles del Luxemburgo que entreveía desde su ventana exaltó aquella sed de aire y de movimiento hasta el delirio. La puerta de la casa estaba siempre cerrada y vigilada para que Condorcet no pudiera escaparse.

En fin, el 6 de Abril de 1794 á las diez de la mañana, estando el día hermosísimo y más provocativo que de ordinario, Condorcet bajó so pretexto de almorzar en la sala comun. Esta se hallaba próxima á la puerta de la calle, y apenas se sentó, fingió haber olvidado un libro en su cuarto. Madama Vernet se ofreció sin sospechar nada á ir á buscarlo. Condorcet aceptó, y aprovechó la ausencia de su huésped para escaparse de la casa.

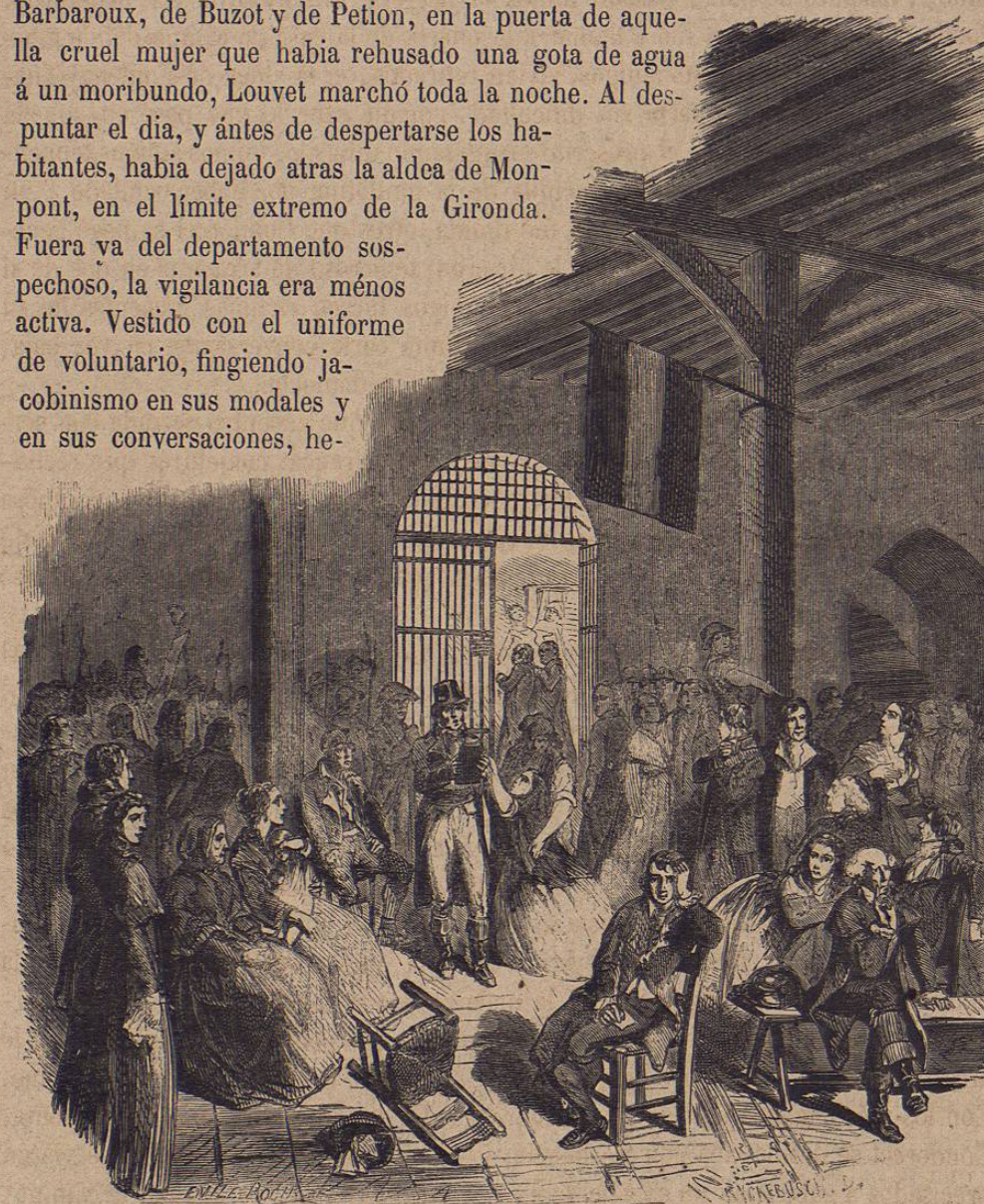
A pocos pasos de ella, Condorcet encontró en la calle de Vaugirard á un comensal de su huésped llamado Serret. Este joven, temblando por el fugitivo, le acompañó, y despues de haber pasado juntos la barrera, se abrazaron y se separaron. Por la noche, Condorcet fué á llamar á la puerta de la casa de campo donde monsieur y madama Suard, sus amigos, vivian retirados, en la aldea de Fontenay-aux-Roses. Le abrieron la puerta sin dificultad, y nadie sabe lo que pasó en aquella entrevista nocturna, entre el proscrito mendigando un asilo, y unos amigos temiendo atraer sobre sus cabezas la cuchilla de la guillotina por haber ocultado á un acusado. Unos dicen que la amistad fué tímida, otros que Condorcet se negó generosamente á aceptar las ofertas que le hicieron, temeroso de arrastrar en pos de sí su desgracia y *su crimen*, y de que sus amigos fuesen víctimas inocentes de su mala estrella. Sea como quiera, despues de una corta conversacion en voz baja, salió de la casa por una puerta secreta, hácia la medianoche.

Se asegura que volvió algunas horas despues, y que encontró cerrada con cerrojo aquella misma puerta que debia haber hallado franca; conjeturas que rechazan ó autorizan igualmente el carácter generoso de Suard y la ternura de una esposa alarmada que temblaba por su marido; calumnia de la amistad quizá, que contristó hasta el fin de su vida á aquellos á quienes se achacó la responsabilidad del suceso del día siguiente.

La noche cubria con su negro velo los pasos y la irresolucion de Condorcet. Al día siguiente por la tarde se vió á un hombre fatigado, con los piés llenos de barro, pálido y con la vista extraviada y una larga barba, entrar en un ventorrillo de Clamart. Su traje de obrero, su gorro de lana y sus zapatos herrados contrastaban con la delicadeza de sus manos y con la blancura de su cutis. Pidió huevos y pan, y los comió con un ánsia que atestiguaba una larga abstinencia. Preguntado por el dueño del ventorrillo sobre su profesion, respondió que era criado de un señor que acababa de morir; para confirmar esta asercion, sacó del bolsillo una cartera que contenia unos papeles falsos. La elegancia de ésta, que chocaba con la pretendida domesticidad del desconocido y con la mala ropa que llevaba, denunció á Condorcet. Algunos miembros del comité revolucionario que comian en la misma sala le arrestaron como sospechoso, y quisieron conducirlo á la cárcel de Bourg-la-Reine. Con los piés llagados por las largas marchas del día anterior y noche precedente, Condorcet se desmayaba con frecuencia; los hombres que le escoltaban se vieron precisados á subirle en un caballo de un pobre labrador que pasaba por el camino. Arrojado á la cárcel de Bourg-la-Reine, el filósofo tragó un veneno que llevaba

siempre consigo; arma secreta contra los excesos de la tiranía. Condorcet se durmió: aquel sueño le ocultó su propia muerte, y sustrajo una cabeza al hacha del verdugo. Los guardias nacionales que vigilaban á la puerta, y que no oyeron ningun ruido en el calabozo, se encontraron por la mañana con un cadáver en lugar del preso que habian encerrado el día ántes. Así murió aquel Séneca de la escuela moderna. Puesto entre los dos campos para combatir el mundo antiguo y moderar el nuevo, Condorcet pereció en su choque sin aturdirse y sin quejarse; sabía que las verdades no se dan gratuitamente á la humanidad, sino que se compran, y que la vida de los filósofos es el rescate de la verdad. El tiempo del reconocimiento no ha venido aún para él, pero vendrá y amnistiará la memoria del filósofo de los cargos hechos á la juventud y al ardor del patriota.

El mismo día que Condorcet espiraba en Bourg-la-Reine, Louvet entraba en Paris. Despues de haberse separado en Saint-Emilion, en medio de la noche, de Barbaroux, de Buzot y de Petion, en la puerta de aquella cruel mujer que habia rehusado una gota de agua á un moribundo, Louvet marchó toda la noche. Al despuntar el día, y ántes de despertarse los habitantes, habia dejado atras la aldea de Montpont, en el límite extremo de la Gironda. Fuera ya del departamento sospechoso, la vigilancia era ménos activa. Vestido con el uniforme de voluntario, fingiendo jacobinismo en sus modales y en sus conversaciones, he-



Las hornadas de la guillotina.—Pág. 385.

rido en una pierna, y subiendo en el camino á los carros cargados de paja ó de yerba que llevaban las requisiciones á las ciudades, consiguió Louvet, á fuerza de disfraces y de astucias, aproximarse á Paris, en donde entró al fin, gracias á la adhesion de un guía fiel, y despreció en el seno del misterio y del amor los resentimientos de Robespierre. Cada dia, al noticiarle la muerte de uno de sus amigos, le hacian gozar de la vida como se goza de una felicidad que va á concluirse.

## IX

Lareveillere-Lepeaux, diputado girondino como Louvet, fué del escaso número de los que se libertaron á la sombra de la guillotina. La revolucion habia encontrado á Lareveillere simple abogado de Mortagne, su patria, en el Bajo Poitou. Los nuevos principios habian sido para él, no un furor, sino una religion. Como discípulo de los filósofos, soñaba en el advenimiento de la razon humana, así en los cultos como en las leyes; pero esta razon no era, como la de Diderot, una burla amarga contra las instituciones y los dogmas, sino un ardiente amor de las luces y una aspiracion apasionada de la humanidad hácia Dios. Estas doctrinas habian unido á Lareveillere-Lepeaux á los girondinos, no porque fuesen ménos incrédulos, sino porque eran ménos sanguinarios que los montañeses.

Denunciado al otro dia de su caida como su cómplice, una voz habia exclamado con desprecio desde lo alto de la Montaña: «Dejadle *morir solo*; no tiene ni dos dias de vida». En efecto, estaba agonizando, y aquella voz le salvó. Pero proscrito al poco tiempo con los setenta y tres diputados sospechosos de haber sentido la caida de la Gironda, habia huido disfrazado de mil maneras por parajes desconocidos. Bosc, amigo de madama Roland, y Lareveillere se habian refugiado en un principio en una choza abandonada del bosque de Montmorency, en donde pasaron el invierno. Ni el uno ni el otro tenian dinero, y se mantuvieron con patatas y caracoles. Una gallina y un gallo eran toda su riqueza. Cansados ya de privaciones, extenuados de hambre, resolvieron un dia matar la gallina; pero un ave de rapiña, más hambrienta que ellos, la mató y se la llevó.

Cuando los administradores del Sena y Oise iban á cazar al bosque, Lareveillere y Bosc se escondian bajo las pilas de yerba ó bajo los montones de hojas secas. Pero habiendo sospechado algo los guardas, tuvieron que separarse, yendo cada uno á mendigar un asilo á la casualidad. Lareveillere se dirigió hácia el Norte; allí, un amigo fiel le habia ofrecido en otros tiempos darle hospitalidad. Vestido de andrajos, con los piés descalzos, y desfigurado por el insomnio y la fatiga, el proscrito encontró en el camino real al representante del pueblo Bouchotte, en un coche tirado por cuatro caballos, cubierto de laureles y de banderas tricolores, y el representante con el gorro frigio. Lareveillere temió ser conocido, y se apartó del camino real, andando errante por aquellos campos algunos dias. Un pastor repartió con él sus provisiones y su cabaña. Al dia siguiente un pobre campesino le dió un pan que llevaba para su hijo. A las puertas de la pequeña ciudad de Roye, inmediato á Buire, el fugitivo encontró una porcion de pueblo reunido, que llevaba á la ciudad sobre unas parihuelas á un proscrito como él que se habia suicidado en el campo. Este encuentro heló todo su valor. Lareveillere anduvo errante noche y dia en los campos, hasta que llegó moribundo á la puerta de su amigo. Este le recibió como á un hermano, y oculto, cuidado y

restablecido por la atencion de una familia generosa, pasó los malos dias de la revolucion bajo un nombre supuesto, entregándose en paz á su pasion favorita, que era el estudio de las plantas. Allí fué donde, inspirado por aquella divinidad que se descubre y que habla en las maravillas de la naturaleza, Lareveillere entrevió la religion simple y pastoral de que más tarde fué, no el inventor, sino el apóstol, y á la que se dió el nombre de *teofilantropía*. Aquella piadosa filosofía, compuesta de los dos dogmas elementales sacados del Evangelio, el amor de Dios y el de los hombres, fué predicada desde luégo por H. Haüy, hermano del abate de este nombre y célebre naturalista.

Lareveillere, cuyo nombre lleva esta religion, no tomó más parte en ella que la de ser el protector de sus inocentes ceremonias y de su moral, cuando la fortuna le elevó á la primera magistratura de la república. La ligereza burlona de la opinion atribuyó aquella tentativa de culto á Lareveillere-Lepeaux, cubriendo su nombre de ridículo. Proclamar la divinidad en medio del materialismo, la moral al pié de los cadalsos y el amor en el seno de las discordias civiles, no eran cosas que mereciesen aquel desprecio. Nada de lo que se dirige á elevar la humanidad hácia Dios debe ser rebatido por la irrision. Todas las ideas religiosas, aun cuando aborten, con el tiempo tienen su inmortalidad en la naturaleza. El nombre de Lareveillere-Lepeaux quedó honrado por el pensamiento que elevó hácia Dios desde el seno de las teorías de la nada.

Otro filósofo, Mr. de Malesherbes, tuvo las mismas desgracias y mayor gloria, sellando su vida con su muerte. Su grande y modesta virtud fué coronada por el suplicio. Desde el acto de fidelidad sublime que habia cumplido defendiendo á Luis XVI delante de la Convencion, Mr. de Malesherbes se habia retirado al campo, viviendo como un verdadero patriarca en medio de sus hijos y de sus nietos. Se supuso que su virtud era una conspiracion contra la época. Le pusieron preso con su yerno Mr. de Rosambo, sus dos nietas y los maridos de éstas. Uno de ellos era Mr. de Chateaubriand, hermano mayor del que debia dar á su apellido más lustre con su pluma que éste con su sangre. Todos fueron encerrados en la cárcel de Port-Libre y conducidos en grupos al tribunal. Mr. de Malesherbes habia aprendido á morir en el Temple, y murió sin indignarse contra sus asesinos, sufriendo el tiempo y la justicia de los hombres con paciencia y con esperanza. Pronto á subir al tribunal, dió un tropezon á la puerta de la cárcel. «Mal agüero, — dijo; — un romano se volveria á su casa.» Los presos de la Conserjería le pidieron su bendicion, como si fuese la del honor antiguo que se iba al cielo con él. Se la dió sonriendo. «Sobre todo, no me compadezcáis, — les dijo. — He sido desgraciado por haber querido adelantarme á la revolucion por medio de reformas populares. Voy á morir por haber sido fiel á la amistad de mi rey. Muero en paz con el pasado y con el porvenir.» Su familia entera le siguió en pocos dias al suplicio.

Miéntas que el generoso anciano iba á la muerte por haber defendido á su señor, Clery se consumia preso en la Fuerza por el delito de haberle servido y consolado en su cautiverio, desmintiendo de este modo, por el largo suplicio que habia aceptado en el Temple y por la cruel detencion que sufría como realista, las dudas que se habian concebido sobre su fidelidad al trono; dudas contra las cuales protesta la vida entera de este modelo de servidores de reyes destronados, y que